

con el fenómeno se ha quedado subsistiendo el nóumeno en la «esencia múltiple», o sean los nóumenos, como causa de sus modalidades. Creyó el señor Vincenzi que iluminaba un problema cuando simplemente hacía retroceder la dificultad.

La unidad existe. Y no es contradictoria. ¿Cuál es la contradicción en esa suprema unidad del Infinito Espacio?

Se habla ya de una contradictoria unidad en el *Filebo* de Platón y de la unidad en el *Parménides* y en la sexta *Enneada* de Plotino.

La verdad trasciende los sentidos y el ma-

yordomo de los sentidos, que es la mente, pero no el espíritu, que es de la naturaleza de la verdad.

Todos los ríos surgen del mar y fluyen, y van a echarse en el mar. Así, los Universos surgen del Mar y fluyen perpetuamente hasta disolverse de nuevo en el Mar. Pero del Mar al Mar siempre hay algo que fluye, que hinche y rompe y reconstruye las formas irreales, por perecederas, con que juegan los hombres en el vasto kindergarden del mundo.

ROBERTO BRENES MESÉN

(Concluirá en el número próximo).

2) Juan Ramón Molina

POR J. W. CHANEY

(Véase el número 23).

Los hechos relatados han de servir de base para que se entiendan mejor las obras de Molina. Su manera de escribir es subjetiva y tiene el poder de revelar su vida al través de sus obras.

Entre las verdaderas revelaciones están, *Autobiografía*, *Después que muera*, *Madre Melancolía*, y *Los Cuatro Bueyes*. He aquí su *Autobiografía* completa:

AUTOBIOGRAFIA

Nací en el fondo azul de las montañas hondureñas. Detesto las ciudades, y más me gusta un grupo de cabañas perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje huracán y silencioso a quien la urbana disciplina enerva, y vivo—como el león y como el oso prisioneros—soñando en la caverna.

Fué mi niñez como un jardín risueño, donde—a los goces de mi edad esquivo—presa ya de la fiebre del ensueño, vagué dolientemente pensativo,

sordo a la clamorosa gritería de muchos compañeros olvidados, que fué segando sin piedad la fría hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura! Fué para ellos la vida un triste dolo, y—el corazón preñado de amargura—me ví de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza era de sol? ¿El jovencito hercúleo que burlara en la lucha mi destreza? ¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido? ¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafiro? ¡Para los tristes escribió el olvido, en el nómade viento, un epitafio...!

¡Hada buena la muerte fué para ellos! No conocieron el dolor. La adusta vejez no echó ceniza en sus cabellos, ni dobló su juventud robusta!

Desde mi infancia fuí meditabundo, triste de muerte. La melancolía, fué mi mejor querida en este mundo pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo de cantar. A la orilla del camino, hallé una lira—no cual la de Orfeo—y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana—cuando, tráfuga de la vida, me deserte—quizás celebre madrigalizando mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno. Ni tampoco malo. Hay en mí una dualidad extraña: tengo mucho de cuerdo, algo de loco, mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano; para otros muy humilde y muy sincero: al viejo Job le hubiera dicho—Hermano: dame tus llagas y tu estercolero.

Una existencia asaz contradictoria de placer y dolor, de odio y de arrullo, ha agitado mi ser; tal es la historia de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos, toda ventura y toda desventura, exploraciones por remotos cielos, enorme hacinamiento de lectura;

despilfarro de vida sensitiva, abuso de nepentes; los cilicios mentales; l'alma como carne viva, la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria que llega tarde; estar organizado

para la lucha y para la victoria, y ser, a pesar de eso, un fracasado.

¡Todo conspira a hacer horriblemente triste al que asciende las mentales cumbres, y a que cruce—con rostro indiferente o huracán—entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! La cierta, la única juventud, la que es divina! «Lejos quedó, la pobre loba, muerta», asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado estoy! No me conozco ni yo mismo; tengo en los ojos, de mirar cansado, algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella de aquel que ha visto, con la fe perdida, palidecer y declinar su estrella en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos—en esos labios que fueron una rosa pura—la señal dolorosa de mil besos dados y recibidos con locura,

en dulce cita o en innoble orgía cuando, al empuje de ímpetus fatales, busqué siempre la honrosa compañía de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire, como un corcel de planta vencedora, que se lanzaba a devorar el aire, relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga algo a callar mi doloroso grito, una inmensa fatiga; la fatiga del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo, de haber nacido, por destino arcano, para volar sin tregua en todo cielo y recorrer sin rumbo todo oceano.

Para sufrir el mal eternamente del ensueño; y así, meditabundo, vivir con las pupilas fijamente clavadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime, en la oculta risteza de las cosas, en todo lo que calla o lo que gime, en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto la misma sangre de mis venas, todo, en la copa mirífica del canto, hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada; y vivir, con el pecho dolorido, para ver que, al final de la jornada, mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años, ante la ruta que a mis pies se extiende,